

**Manuel-Reyes GARCÍA HURTADO (ed.), *Soldados de la Ilustración. El ejército español en el siglo XVIII*, A Coruña, Universidade da Coruña, 2012. 363 pp. ISBN: 978-84-9749-510-3.**

El núcleo matriz de este libro corresponde al III Seminario de Estudios del Siglo XVIII “Vivir en las Luces”, celebrado entre abril y junio de 2009 en Ferrol bajo los auspicios de la Universidad de A Coruña. El coordinador del Seminario y editor del libro, Manuel-Reyes García Hurtado, incorporó posteriormente seis nuevos estudios a las siete conferencias que originalmente componían el Seminario.

El libro *Soldados de la Ilustración. El ejército español en el siglo XVIII* tiene dos ejes fundamentales que le dan sentido y unidad: el ejército y el siglo XVIII. “Comprender el siglo XVIII de espaldas al ejército –señala el editor en la presentación– sólo puede ofrecernos una imagen ficticia, irreal, sesgada, falsa del mismo”. No puedo estar más de acuerdo con la opinión de que sin la presencia de lo militar en la Edad Moderna difícilmente podemos acercarnos a la comprensión de un período con tantos matices y perfiles para su estudio.

La historia militar, como tradicionalmente se la ha venido denominando, o la historia de la guerra, como defiende una corriente historiográfica en la que se inserta el libro y en la que gustosamente me incluyo, ha permitido sacar a esta disciplina del exclusivo *reduccionismo* bélico en la que se encontraba como el propio Antonio Espino indica en su presentación en la revista *Manuscrits* (en el monográfico titulado “Noves perspectives de la història de la guerra”, 21, año 2003). En efecto, reducir la historia militar a la narración de las campañas y de las batallas es como querer expresar la singularidad de la química, solamente, a través de sus formulaciones y de sus símbolos. La historia de la milicia se extiende a distintos componentes y puede ser objeto de estudio desde múltiples perspectivas. La necesidad de involucrarse en el estudio de cuestiones concretas no evita el que deban utilizarse fuentes documentales diversificadas, como ha señalado M. Carmen Saavedra Vázquez en su aportación “De la ‘historia de batallas’ al ‘impacto de la guerra’: algunas consideraciones sobre la actual historiografía militar española”, *Obradoiro de Historia Moderna*, 1 (1992), pp. 207-221. De hecho, la historia política, la cultural, la fiscalidad o la historia social ofrecen campos, en algunos casos poco explorados, sobre los que la historia militar o, más aún, la historia de la guerra en toda su dimensión tienen mucho que decir.

Es evidente y no es fácil negarlo que la historia militar sigue manteniendo algunos lastres del pasado aunque, por fortuna, son cada vez menores las críticas vertidas hacia la misma desde otros sectores de la historiografía. La aparente incomprensión que ha existido entre los historiadores de lo militar y los militares historiadores, en cuanto a las metodologías a utilizar y sus distintos enfoques, no ha permitido demasiadas colaboraciones entre unos y otros. Sin embargo, como queda demostrado por la serie de publicaciones y de

estudios monográficos aparecidos en los últimos años, no es raro encontrar a historiadores modernistas interesados en abordar cualquiera de los aspectos relativos a la historia militar. Nos referimos a revistas tan consolidadas dentro del panorama historiográfico como: *Estudis* (vol. 27, 2001) de la Universidad de Valencia; *Manuscripts. Revista d'història moderna* (vol. 21, 2003) de la Universidad Autónoma de Barcelona, número monográfico dedicado a “Noves perspectives de la història de la guerra”; *Studia historica. Historia Moderna* (vol. 25, 2003), número monográfico “La Historia Militar”, de la Universidad de Salamanca; *Revista de Historia Moderna de la Universidad de Alicante* (vol. 22, 2004), número monográfico dedicado a “Los ejércitos en la Edad Moderna”; y *Millars. Espai i Història*, dossier “El mundo de la guerra bajo Carlos II” (vol. 26, 2003), de la Universidad Jaime I.

La historia militar ya ha realizado su particular travesía por el desierto como en otro momento le sucedió a la historia política y, en consecuencia, podemos hablar de un nuevo *retorno*. El carácter combativo que tuvieron hacia la vieja historia política tradicional Marc Bloch y Lucien Febvre considerándola “histoire règnes-et-bataille” la dejaron en muy mal lugar mientras, más allá del Canal de la Mancha, la historiografía anglosajona, agazapada en la nueva filosofía política, ensanchaba su conocimiento hacia terrenos como la sociología, el derecho, el pensamiento político y la economía, esperando soplaran mejores vientos para enarbolar nuevamente la bandera de la historia política. La interdisciplinariedad ha terminado por sacar a la historia militar de muchas de las limitaciones en que se encontraba. Nos interesa conocer no solo quiénes formaban parte de la estructura militar, sino cómo llegaron a la misma y qué mecanismos les permitieron asegurar su posición. Evidentemente, la historia militar tiene mucho que aportar en este sentido. No es de extrañar que los estudios relativos al comportamiento social, económico y político de las élites de poder militares a través de las redes sociales, de la familia y de sus estrategias de reproducción se hayan convertido en una de las áreas de investigación más fructíferas de los últimos años. Se corresponde con un nuevo tipo de historia en la que la prosopografía es el método más utilizado, porque no debemos olvidar que, en nuestros días, los historiadores no se conforman sólo con el análisis del entramado institucional, sino que le intentan dotar de vida a través del estudio de quienes lo conformaron, observándolos no sólo como servidores del Estado, sino también como miembros de un cuerpo social cuyos intereses propios trataron de defender.

Como hemos indicado en otras ocasiones, la tradición historiográfica en esta disciplina también ha seguido, como en tantas otras, el camino recorrido por historiadores foráneos. El impacto de las sucesivas *revoluciones* en el terreno militar se dejó sentir entre quienes, desde inicios de los sesenta, se sentían seducidos por las posibilidades que albergaba el estudio de la historia militar. Cuando a comienzos de 1955, en pleno auge de la historia de los *Annales*, el historiador Michael Roberts pronunciaba una conferencia inaugural en la Queen's University de Belfast con el título “La revolución militar, 1560-1660” (1956), pocos podían presagiar la serie de contribuciones a que daría lugar su reflexión sobre la materia. Poco importa hoy si las cuatro revoluciones a las que en su momento hizo alusión Roberts –la táctica, el tamaño de los ejércitos, la estrategia y las repercusiones de la guerra– fueron las únicas o si debían apreciarse, como algunos críticos indicarían más tarde, otras como la aparición de la educación militar especializada en las academias militares, las leyes positivas de la guerra y el nacimiento de una importante literatura sobre el arte de la guerra. Lo importante fue el impacto de esta obra y las que le siguieron para sacar a la historia militar del desprestigio en que se encontraba.

Como señala Manuel-Reyes García Hurtado, editor de este libro y autor de uno de sus estudios, el soldado del siglo XVI poco tenía que ver con el del siglo XVIII, sobre todo, si nos atenemos a su atuendo, su armamento, la tecnología militar que estaba a su disposición o las tácticas empleadas en campaña. Desde esta tesitura, el siglo XVIII

trajo un nuevo modelo de ejército, por encima de las reformas institucionales o de tipo normativo, de manera que obviarlo o analizarlo con estrechez de miras es ofrecer una imagen sesgada y ficticia, cuando no falsa, del mismo. No es menos cierto, añadiría por mi parte, que el ejército borbónico mantuvo algunas de las constantes vitales del ejército de los Austrias, tales como: el retraso de las pagas, las dificultades del alojamiento y del tránsito en campaña, así como las nefastas consecuencias socio-económicas sobre su entorno.

El libro busca en su transversalidad lograr una pluralidad de enfoques a modo de una historia militar braudeliana, es decir, que abarque aspectos sociales, económicos, demográficos, culturales y políticos, que nos aproximen a la vida de los soldados en campaña, su instrucción en las academias o la reorganización administrativa de lo militar con los Borbones, sin olvidar la perspectiva gallega del ejército borbónico y la participación de su nobleza en el ejército regular y en los privilegiados cuerpos de la Casa Real. Y esta prolífica temática está trazada por especialistas que han abordado el tema con un gran rigor científico.

Con un enfoque social y sociológico aparecen claramente cuatro estudios. La historia social ha mostrado también gran interés por incluir entre sus campos de investigación a los profesionales de la milicia, así como por desbrozar las consecuencias totales de la guerra y particularmente para la población civil. Estamos todavía lejos de lo sucedido en los Estados Unidos de Norteamérica con la *New Military History*, centrada en la realización de estudios sociológicos, que analizan el impacto de la guerra y sus consecuencias desde una óptica de lo social. Es cierto, todavía desconocemos muchos aspectos de la composición social de los presidios y fortalezas, de la presencia de la mujer en el ejército, del papel de la desertión en las tropas, de la disciplina del ejército, de las rebeliones y las disidencias, los saqueos, los conflictos administrativos y jurisdiccionales, etcétera; sin embargo, se están realizando loables progresos. Los cuatro estudios comentados se inician con el de “La vida de los soldados en el siglo de las Luces” de Cristina Borreguero Beltrán, centrado en el bienestar social y material del soldado, en sus privilegios y previsión social, así como en los avances sanitarios y sociales, para finalizar analizando la desertión, considerada la gran úlcera de los ejércitos del siglo XVIII. En otro de los trabajos, con el título “Las fuerzas armadas españolas y extranjeras en el tratamiento a la población civil durante la Guerra de Sucesión”, de David González Cruz, nos acercamos a un tema siempre complejo y con múltiples perfiles: el del impacto de la guerra en el entorno socio-económico. No cabe duda que las vejaciones y atropellos de la soldadesca entre la población civil propiciaron la aparición de sentimientos de rebeldía hacia los ejércitos que transitaban por las diferentes regiones peninsulares, y desde esa tesitura se ganaron la simpatía o, más comúnmente, la animadversión hacia los países de origen de las tropas. En tercer lugar, asistimos a la conformación de las redes de parentesco, amistad y afinidades políticas en la formación de las “élites estatales” para el siglo XVIII por parte de José María Imízcoz Beunza, quien considera que los mandos militares ilustrados se encontraron también entre los agentes del reformismo borbónico, contribuyendo a construir el Estado administrativo, militar y financiero, para dar paso en la primera mitad del siglo XIX al Estado liberal. Por último, “La vida en las academias militares del siglo XVIII” de Manuel-Reyes García Hurtado lleva sus fronteras desde el campo institucional y organizativo de los centros al régimen de vida en los mismos, hundiendo sus raíces en lo sociológico y prosopográfico. Apoyada en una tradición anterior, analiza los centros donde se debía formar la futura oficialidad para dar relevancia a unas instituciones basadas en un estilo de vida de una rigidez extrema, cuyo objetivo estuvo centrado en la formación de los oficiales y mandos superiores del ejército, en otras palabras, en las élites militares a quienes les iban a inculcar, como sucedía en época de los Austrias, una serie de máximas, resumidas en: el amor al rey, la obediencia a las órdenes, la subordinación a sus superiores, la defensa y la práctica de la fe católica.

Desde el plano administrativo o institucional contamos con cinco trabajos. El estudio de Enrique Martínez Ruiz, titulado “Vivir la guerra, vivir la paz: los militares y el mantenimiento del orden público”, profundiza en el proceso de militarización que se experimenta para mantener la seguridad y el orden público, con objeto de controlar la población y el territorio. Desde este punto de vista, las necesidades bélicas en las que nace el futuro sistema de seguridad conllevan, según el autor, un triple nivel de actuación por parte de Felipe V en lo relativo a la guerra, el control territorial y el control social. Con un enfoque centrado en la administración territorial aragonesa en el siglo XVIII, Enrique Giménez López analiza los cambios, objeto de la administración borbónica, que conducirían a la adaptación de la administración territorial aragonesa al modelo castellano y la aparición de los corregidores militares desde Jaca hasta Teruel. De igual forma, la reorganización administrativa de las unidades militares según el modelo francés daría un papel estelar al comisariado en el ejército. El comisario de guerra –según Juan Miguel Teijeiro de la Rosa– se iba a ocupar de controlar el gasto militar, encomendado a veedores y contadores en época de los Austrias, desligados de las ataduras del Consejo de Guerra bajo control directo del rey. Pronto se formaría el embrión de un cuerpo de comisarios, que después sentaría las bases de los cuerpos desarrollados en la administración del ejército y la marina. A uno de sus cuerpos, el de ingenieros militares, le dedica Martine Galland Seguela uno de los estudios en el libro. Desde 1710 este cuerpo estuvo al servicio del despotismo ilustrado y sus huellas se perciben en la construcción de edificios administrativos y reales, desde la intervención en palacios, hospitales e iglesias hasta en el desarrollo urbanístico de las ciudades. Su labor difusora, a través de la publicación de textos y la circulación de manuscritos, fue enorme y las bibliotecas que algunos llegaron a formar quedan puestas de relieve en el largo anexo que la autora incorpora en su trabajo. El cuerpo de los ingenieros militares y sus conocimientos técnicos fueron capitales para la modernización de España, pero al mismo tiempo, incluidos como élites ilustradas de la época, llegaron a atesorar una serie de bienes culturales, estudiados por Marie-Hélène García, entre ellos: sus bibliotecas, los objetos profesionales, la ropa, los objetos de gala y representaciones pictóricas.

Desde una perspectiva regional, en este caso gallega, aunque como enfoque extrapolable a otros territorios de la Monarquía, aparecen dos estudios. “Las raíces del ejército borbónico” de María del Carmen Saavedra Vázquez analiza el juego de intereses establecido entre la corona, interesada en incrementar la contribución económica y militar del reino, y los representantes gallegos, en ocasiones con actitudes obstruccionistas y demandas reformistas. Para la autora, experta en el ejército del siglo XVII, todo parece indicar que las “novedades” borbónicas deben encontrar sus raíces en la última etapa de los Austrias. Por su parte, en “Militares gallegos en el generalato del ejército borbónico” Francisco Andújar Castillo aborda la escasa participación de gallegos en el ejército regular y en los privilegiados cuerpos de la Casa Real, quebrándose en su opinión una clara tradición de servicio de los gallegos en el ejército borbónico, algo que se ejemplifica en los Mariño Lobera o los marqueses de Mos. Al margen de algunos grupos familiares que mantuvieron su continuidad en el ejército del rey, como los condes de Amarante y los de Maceda, durante el último cuarto del siglo XVIII las vocaciones militares parecen estar más conectadas con el mundo de la marina, sobre todo desde la creación de la Academia de Guardias Marinas de Ferrol.

En último lugar, cabe hablar de otras dos aportaciones. Con un perfil institucional se incorpora el trabajo “Los militares y las órdenes militares castellanas durante el reinado de Felipe V”, de Domingo Marcos Giménez Carrillo, donde se viene a considerar que Felipe V volvió a impulsar la actividad militar de los caballeros religiosos, destinando nuevos hábitos casi en exclusividad a los militares, devolviendo así a las órdenes militares castellanas su



originario espíritu militar, aunque adaptado a los nuevos tiempos. Y, finalmente, a mitad de camino entre lo administrativo y lo sociológico, contamos con el estudio titulado “La estatalización del reclutamiento de soldados extranjeros en el siglo XVIII” de Thomas Glesener, para quien fue el Estado borbónico el que mantuvo el control de la recluta, racionalizando y centralizando los contratos de recluta entre unos cuantos asentistas. Para asegurar la infantería extranjera, la corona se vio en la obligación de intervenir en el mercado de la recluta y de financiar directamente la compra de soldados, hasta el advenimiento de los acontecimientos revolucionarios en Europa a finales del siglo XVIII. Estos dos últimos estudios abren nuevas pautas para la investigación, en este caso poco tratado, en el terreno de lo social.

Como sucede habitualmente resulta complejo dar cohesión y unidad a tal diversidad de estudios como los que el editor nos presenta. Sin embargo, quiero destacar su habilidad para describirnos el ejército español del siglo XVIII sin entrar en profundidad en el campo de la batalla, es decir, en el de la Guerra de Sucesión. La prolífica vertiente historiográfica ya existente a buen seguro seguirá dando pie a nuevos trabajos, en el marco del tercer centenario de la misma hasta 2013, o si se quiere 2014 en el caso de Cataluña o 2015 en el de Mallorca. Como toda obra de conjunto siempre quedan matizaciones por hacer o aspectos menos estudiados, a sabiendas de las dificultades para cubrir todas las lagunas en un mismo libro, pero encuentro cierta orfandad en el libro al referirse a la fiscalidad y la hacienda. Se echa de menos el análisis de algún trabajo sobre la financiación del ejército borbónico que ayudaría a entender mejor el entramado de intereses que relacionaría a los ministros del rey con los financieros y los militares. Además, el esfuerzo bélico durante el conflicto sucesorio se debió a la aportación de cuantiosos recursos, tanto por parte del reino como de los particulares, y para ello la Corona necesitó del recurso a asentistas privados que proporcionaran al ejército los recursos humanos, la pólvora, los víveres y el armamento. No podríamos entender la larga defensa de los intereses dinásticos de los Austrias y de los Borbones en Europa si no vinculáramos el “nervio de la guerra” con el recurso a la fiscalidad, dado que en buena parte tanto fiscalidad como cuerpos sociales marcaron el desarrollo de los conflictos institucionales. Los fraudes y corrupciones, los mecanismos de financiación y crédito y las conexiones imperiales, pueden ayudarnos a entender la propia administración como instrumento para la organización de la guerra, como apuntaba el clásico libro *War and Government in Habsburg Spain, 1560-1620* de I. A. A. Thompson en 1976. Sería, en mi opinión, una buena forma de vincular la política administrativa con la función del Estado en la organización de la guerra y los métodos de recluta, que ocasionaron una serie de cambios en la estructura de poder determinado por las propias necesidades de la guerra.

Por todo lo referido, con muchas más luces que sombras, los estudios recogidos en el libro *Soldados de la Ilustración. El ejército español en el siglo XVIII* editado por Manuel-Reyes García Hurtado permiten valorar, en buena medida, la serie de transformaciones que se produjeron en el ejército en un período capital de la Edad Moderna.

Porfirio Sanz Camañes  
Universidad de Castilla-La Mancha